

Cada vez menos sexo

Estamos en riesgo de echar a perder uno de los gozos más redondos, esenciales y democráticos del ser humano



Una pareja pasea por la calle Arenal en Madrid.
GORKA LEJARCEGI



ROSA MONTERO

23 JUL 2023 - 05:00 CEST



Hace unas semanas salió [un interesante reportaje en EL PAÍS](#) que decía que los humanos cada vez tenemos menos sexo. O eso es lo que sucede en los países industrializados, que es donde se han hecho estudios fiables. Una investigación realizada en Estados Unidos mostró que, a finales de los noventa, los norteamericanos tenían una media de 62 relaciones sexuales al año, y que a principios de 2010 la cifra había descendido a 53. Otros informes hechos en Alemania, Australia o Finlandia corroboran la

tendencia a la baja. Según una reciente encuesta del CIS, tras la pandemia la frecuencia sexual ha mejorado para un 8% de los españoles y empeorado para un 16%. O sea, que la cosa tampoco está boyante entre nosotros.

Los desencadenantes que se manejan son diversos; el sentimiento de inferioridad ante el propio desempeño por comparación [con la omnipresente y fantasiosa pornografía](#); el desconcierto de los varones ante el nuevo papel de la mujer; la falta de trabajo fijo y casa propia; el aumento de la depresión en la sociedad y el uso de algunos antidepresivos que bajan la libido... Mucho hablar de que el sexo mueve montañas, pero se diría que en realidad el deseo erótico es tímido y volátil. Y que a poquito que lo importunemos se nos declara en huelga. Hay noticias peores: al parecer la calidad del esperma de los humanos ha bajado a la mitad en los últimos 50 años. Llevan tiempo investigando el tema, pero en noviembre de 2022 se publicó un estudio especialmente preocupante; recogía datos de 53 países y demostraba que ocurre en todo el mundo; que la velocidad del deterioro se va incrementando, y que, si las cosas siguen así, en tan solo una década los hombres pueden tener problemas para ser fértiles. ¿La causa? Quizá la exposición a contaminantes químicos desde el feto.

Así que ya ven, cada vez más dificultades para procrear y cada vez menos ganas de disfrutar de la gloria de la carne con la otra o el otro. Hace años, cuando salieron las primeras noticias sobre el aumento de la infertilidad, un biólogo amigo me dijo que podía ser cosa de Gaia. [Fue el célebre científico James Lovelock quien llamó Gaia a la Tierra](#), a la que supuso capacidad para autorregularse. No se trataba de una teoría tontamente antropomórfica, no sostenía que nuestro planeta tuviera una conciencia, sino que era un Todo con ciertos recursos de compensación. Y mi amigo decía que, puesto que la superpoblación se había convertido en un peligro tanto para nuestra especie como para la biosfera, la Naturaleza nos regulaba para tener menos hijos. No es una suposición tan disparatada: se sabe que hay más de 130 especies de animales (como los osos, las focas, las nutrias...) que son capaces de suspender hasta 11 meses el desarrollo de un embrión fecundado si el entorno no es propicio: por ejemplo, si hay sequía y la madre no está bien alimentada. Esto es, paralizan su embarazo hasta que mejora la situación. La vida es un misterio prodigioso.

A todas estas zozobras hay que añadir la guinda de la inteligencia artificial. Hace pocos días [leí también en El PAÍS que han salido unas cuantas aplicaciones de IA con las que puedes mantener relaciones románticas](#).

Como Siri, pero en plan mimosón. Una de ellas, Replika, de origen estadounidense, apareció en 2017. Es una *app* para tener un amigo con quien hablar, pero en la versión *premium*, por 70 dólares, la conversación se erotiza y el amante virtual te llama ansiosamente varias veces al día. O más bien llamaba. Porque a principios de año hubo algunos problemas; la IA se despendoló y empezó a acosar sexualmente a algunos usuarios. Así que desconectaron la parte romántica de la *app*. Por lo visto, hay foros de internet en los que varios humanos que habían establecido una relación de amor con la IA de Replika, y que se quedaron de la noche a la mañana sin su amante, lloraban amargamente la ruptura. Entre unas cosas y otras, en fin, me temo que estamos en riesgo de echar a perder uno de los gozos más redondos, esenciales y democráticos del ser humano: el espléndido regalo de un cuerpo ajeno deseado (que, si encima es amado, ya es el paraíso). Porque, además, el sexo compartido tiene una ventaja imbatible frente al onanismo: se conoce gente. No es poca cosa eso, en este mundo.